

Gracias al matrimonio, Alicia de Larrocha ha logrado su plenitud artística

Granados es, desgraciadamente, el músico español que peor se conoce y al que menos se aprecia, afirma la pianista catalana

Entrevista de Antonio R. Cadarso



En primer término, Juan Francisco Torra de Larrocha, hijo del admirable matrimonio de artistas.



Alicia de Larrocha en una clase del cursillo "Música en Compostela". — (Foto Arturo)

Conocimos a la mundialmente famosa pianista catalana Alicia de Larrocha en la compostelanísima Rúa del Villar. Iba del brazo de Pilar Morell, la compañera de nuestro amigo Alvaro Ruibal. La maravillosa artista, a poco de sernos presentada, nos hizo un atinado y cumplido elogio del berberecho, del percebe, del camarón y de la centolla, pues en el intervalo de sesenta minutos había saboreado casi todas las especies marisqueras de las rías de Breogán en un figón de la calle del Franco.

Después de lo dicho, que aparentemente se asemeja mucho a una tontería; pero que, sin embargo, no lo es, puesto que los artistas, aun los más alados, como son los músicos y los poetas, no carecen de paladar ni de estómago, debo decir a los lectores que, muy al contrario de lo que suele acontecer a las mujeres de la burguesía de nuestro país, el matrimonio fué algo esencialísimo para que no se frustrase la formidable carrera musical de Alicia de Larrocha, ya que su marido, Juan Torra, ilustre músico también y profesor de la Academia Marshall, de Barcelona, continuadora de la del inolvidable compositor Granados, lejos de poner cortapisas a la actividad artística de su compañera, estimuló hasta el máximo la vocación de la que hogaño se coden con los mejores intérpretes de Europa.

Todo eso y mucho más nos contó Alicia de Larrocha, aunque nosotros sólo hemos tomado nota del diálogo que se transcribe seguidamente.

—Siendo usted la mejor intérprete del maestro Granados, nos gustaría conocer cómo surgió su admiración por el esclarecido compositor.

—Puede decirse que yo heredé de mi madre y de mi tía la simpatía hacia Granados, ya que ambas fueron discípulas del maestro. Empero, el conocimiento que hoy poseo de su obra, se lo debo, sin duda, al profesor Marshall, que ha sido el continuador de la escuela del maestro y el que alzó su obra, pues cuando falleció Granados casi se ignoraba su música. Aún en nuestros días, él es el músico español que se conoce

ce y al que menos se aprecia, desgraciadamente.

—¿Cuál es, a su juicio, el motivo de tal desconocimiento?

—Obedece, sin duda, a diversas razones. En primer lugar, como quiera que Granados era un artista excelso, escribía exclusivamente por imperativo espiritual, y, sin preocuparse de las correcciones, dejaba a un lado lo que había brotado espontáneamente, por el don de la gracia, para ocuparse de nuevas cosas. Pero, de vez en cuando, se acordaba de que él y su prole tenían que alimentarse, y vendía los papeles que no había repasado. Después de editadas y estrenadas ya las obras corregía frases enteras y compases completos. Estas correcciones se aprecian principalmente en "Las Danzas", su obra de juventud, que tuvo que vender apresuradamente por cinco duros, con los cuales llegó a casa y abrazando a su mujer le dijo: ¡Amparo! ¡Mira, Amparo, cuanto dinero me han dado por "Las Danzas"! ¡Fíjate. ¡Son cinco duros!

—Aparte de todo ello, ¿qué otras causas han originado ese desconocimiento en torno a Granados?

—La interpretación del maestro es mucho más compleja que la de los demás músicos españoles, porque así como Falla, Turina y Albéniz, por ejemplo, son coloristas puros, en cambio, la música de Granados, un español tan vigoroso como los citados, está impregnada de romanticismo y de una extraña poesía, lo cual le otorga una personalidad múltiple que contribuye a que la interpretación de su obra sea un empeño difícil.

—¿Se considera usted una continuadora del maestro Marshall?

—Lo intento, al menos. Y en todos los conciertos que doy en los diferentes pueblos de Europa, que son muchos, siempre he tocado música española, y muy especialmente a Granados.

—¿Qué obras ha estrenado usted?

—Muchas. De las estrenadas en España, recuerdo, entre otras, el "Concierto Breve", de Montsalvage, para piano y orquesta tres Danzas, de Surinach y un Concierto para dos pianos y orquesta, de Poulenc.

—¿En qué región o ciudad española abundan más los melómanos?

—Yo creo que en el norte hay un clima musical más acentuado que en mi tierra chica, Barcelona, a pesar de que la ciudad condal tiene fama de ser aficionada a la música. Yo aseguraría que Barcelona siente más inclinación por el fútbol que por la música.

—¿Qué biografía de compositor le ha interesado a usted más?

—Hoy me interesa la de Bach. Antes, hace algunos años, me entusiasmaba cualquier cosa de los aventureros románticos.

—¿Por qué le ha sugestionado la vida de Bach?

—Por la pureza de sus sentimientos. Porque es un hombre

tro de mí y escuchando conciertos. Y cuando se cansaba o no le gustaba la música, ¡si viera usted qué patadas me daba! Ahora espero otro crío. ¡Ojalá que sea una niña!

—Y que sea tan inteligente como su madre.

que hizo música que no parece de este mundo, y, sin embargo, fué uno de los compositores más humanos. Además, Bach tuvo diecinueve hijos; y esta es otra de las razones de que yo lo admire.

—¿Cuál es su especialidad en música?

—No tengo especialidad ni preferencia de ninguna clase. A veces me apetece tocar una cosa u otra, simplemente.

—Diga usted en qué circunstancias de su vida artística estuvo sometida a una mayor tensión

—Aquí, en Santiago, precisamente, a causa de la categoría del público. Como me he dicho a mí misma: "Nunca tendrás un público tan peligroso, ni tan comprensivo a la par".

—¿Qué labor ha desarrollado usted en este primer Curso Internacional de Música Española?

—Mi labor, como la de casi todos mis colegas, ha sido de puro ensayo, para orientarse con vistas al futuro, y saber lo que debe y no debe hacerse. Mi impresión del cursillo, a través de sus inolvidables y fecundas jornadas, es que constituye el preludio de un resurgimiento de la música española. En tal sentido, no vacilo en asegurar que el nombre de Compostela quedará vinculado a una etapa extraordinaria de revalorización de la música de nuestro país.

—¿Cómo son sus veinticuatro horas de un día cualquiera?

—Lo primero que hago al abandonar la cama es darle muchos besos al niño, bañarlo y darle el desayuno. Luego me ocupo del desayuno de mi marido; y en seguida me siento ante el piano, hasta que al cabo de una hora y media me llevo al niño de paseo, para que juegue un poco. Regreso para preparar el almuerzo de la criatura. Vuelvo al piano. Mi marido y yo nos sentamos ante la mesa, para almorzar. A la tarde doy algunas clases y trabajo para mí. Después de cenar me ocupo de la correspondencia y de la ropa que hay que coser. Por fin, antes de acostarme, observo cómo duerme mi hijito, y le vuelvo a dar mil besos. ¡Si viera usted qué hermoso es mi hijo! Nos llegó como un angelito caído del cielo, después de siete años de matrimonio. ¡Mire! ¡Mire usted a Juan Francisco! Es mi hijo. Antes de ver la luz del sol, se pasó ocho meses viajando den-

Suscríbase a

LA NOCHE

Laboratorio del

ANÁLISIS - TRANSFERENCIA
SERVICIO AUTOMÁTICO

Rúa del Villar, 68

SANTIAGO DE